

# El señor de Monjardín y la sima de Iguzquiza

La sima de Iguzquiza atrae sobre sí numerosas historias y leyendas; la que hoy contamos hace referencia a su incierto origen.

Hace muchos siglos vivía en Monjardín un alcaide de la estirpe de los Vélaz que, por su noble proceder y admirada bondad, era querido por cuantos le rodeaban y por eso mismo suscitó la envidia y aversión de su hermano Munio que, no pudiendo soportar la felicidad de su hermano mayor, abandonó el castillo poniendo su brazo a luchar para el que mejor le pagara, sin mirar justicia ni causa. Como pasaba el tiempo y no lograba conseguir la gloria, volvió a su tierra y construyó una casa fuerte al pie de Monjardín. Se rodeó de maleantes y comenzó a hacerle la guerra a su hermano. En uno de los ataques, logró cogerlo prisionero y lo encerró en una lóbrega mazmorra excavada debajo de su casa fuerte. Habían pasado varios años de este hecho cuando una Nochebuena salió un monje limosnero de Irache a repartir alimentos a los necesitados del contorno; llegó a la miserable cabana de un pobre agote que había sido abandonado por todos, el desdichado le confesó que había formado parte del servicio de don Munio de Vélaz y había tomado parte en la captura del señor de Monjardín y su encierro en la prisión subterránea, donde todavía se hallaba padeciendo.



El monje, decidido a salvar al señor de Monjardín, se dirigió a la casa de Munio y solicitó albergue pretextando haberse extraviado en la espesura del bosque. En cuanto tuvo ocasión, se presentó delante de don Munio y, entrando en conversación, solicitó la libertad del prisionero.

El malvado segundón contestó con una cínica carcajada y le dijo: «Larga lengua tenéis, monje, pero es sermón perdido».

El fraile insistía en que liberase a su hermano y entonces don Munio, enfurecido, ordenó que colgaran de la almena al fraile y al prisionero.

Inmediatamente cumplieron sus deseos, pero el castigo del cielo no se hizo esperar. Apenas los cuerpos de los ajusticiados atados con la misma cuerda colgaron de la muralla, un espantoso fragor como de mil batallas sacudió el edificio, se abrió la tierra y con gran estrépito se tragó la casa y sus habitantes.

El terrible hueco que quedó es lo que luego se llamó la Sima de Iguzquiza, de la cual cuentan que salieron horribles pájaros, que eran las almas de don Munio y sus secuaces.